



ANTONIO CASTELLANOS "EL MAESTRIN"

El hombre que rompió más lanzas contra el molino gigantesco de la acidia alcazareña por propio sentimiento incontenible, pues no solo fue el impulsor de diversas publicaciones periódicas, sino que cualquier leve suceso local o con la localidad relacionado, le obligaba a lanzar a la calle una hoja impresa, viva, animada del soplo misterioso del entusiasmo, siempre renovado y que él veía volar esperanzado, como se ven volar las ilusiones, cual coloreadas mariposas. No podía remediarse ni podía disimular el escozor que dejan siempre los rozamientos pueblerinos, estimulantes de las pasiones, que le hicieron apartarse de su sitio e impidieron que rindiera el buen fruto de sus condiciones y que se le reconocieran los méritos que es de justicia proclamar.

Dentro de su actuación dispersa, hay tres motivos esenciales, cuya actualidad no se ha extinguido todavía: el aprovechamiento de las aguas de Ruidera, el Pósito Pio Quintanar, que rescató para los agricultores alcazareños y la cuna de Cervantes, en cuya defensa luchó desahoradamente, como un gigante, al lado de D. Juan Alvarez Guerra.

Antonio tenía buena voz de tenor y estuvo pensionado por la Diputación para estudiar canto en el Conservatorio, cantando luego en algunas fiestas, aunque pocas veces. Su «hechura» era de cantante, como se apreciará en la fotografía.

ciéndose la broma en los más maduros y el entusiasmo en la juventud. El olor de los periódicos llegaba a saturar el ambiente. Las mujeres los aplicaban como adorno en los vasares y otras necesidades caseras. Se decía que solo contaban mentiras, pero cada día eran más los incondicionales del chismorreillo gaceteril y empezó a correr la tinta por el pueblo: se abrieron dos imprentas, nada menos, y el tiempo demostró que no era un exceso. Los padres se hacían lenguas del saber de los chicos y estos se sintieron impulsados a exteriorizar su sentir. Surge «La Hoja Parlante» bajo la tutela de Enrique Puebla y en ella hace sus primeras armas Emilio Paniagua, que no arrió en toda su vida la bandera del optimismo candoroso. Cuando salía la «Hoja» se decían los hom-

bres: «¿Has leído lo del chico de Quinica? ¡Qué bien está!».

Algo escribió por entonces, Ricardo Lizcano.

Emilio fué la personificación del espíritu ilusionado y generoso de aquel momento, recogido en las obras de Galdós, cantor y estimulante de todos los rasgos nobles posibles a su alrededor. Al redoble de su tambor se movieron todas las charangas alcazareñas y al calor de sus lecturas o recitaciones en las esquinas de la Plaza o del Cristo, se formaron Agrupaciones artísticas y

ALAMINOS

Las tendencias convencionalistas de la vida alcazareña, cada vez más acusadas por su relieve propio y por la desaparición progresiva de las generaciones precedentes, hallaron, dentro de la imprenta, la expresión más adecuada en el espíritu acomodaticio de Benigno Alaminos, hombre bondadoso y servicial, atento exclusivamente a su trabajo, en contraste con Puebla y Castellanos, cuya sensibilidad no permitía la indiferencia ante los problemas generales, con notorio desagrado de la opinión, que, reconociendo sus males, no quería oír hablar de ellos y tomaba ojeriza a quienes se los recordaban. Este contraste es de lo más sobresaliente y característico de la vida de entonces; nadie quiere darse malos ratos, ni acepta que le pongan mal cuerpo ni alteren su digestión. La conformidad era el símbolo del momento y quienes la encarnaban más o menos, fueron de hecho la personificación auténtica de la vida local.

Benigno fué una de aquellas concreciones del sentir general y tuvo la recompensa natural en apoyo y simpatía. Helo en la imprenta con su gente, ya afecto de la enfermedad, (tumor laríngeo), que puso fin a su vida tempranamente.

